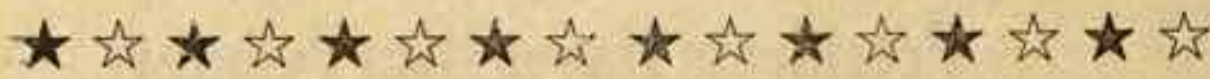


18-Julio-48

LA MARSELLAISE

Al lons, en-fants de la pa-tri-e, Le jour de gloire est ar-ri-
 vé! Contre nous de la ty-ran-ni-e L'é-ten-dard san-glant est le-ve L'é-ten-
 dard sanglant est le-ve En-ten-dé-vo-us dans nos cam-pagnes Mu-ti-résé-ro ces sol-
 dats! Ils viennent jusque dans nos bras E-gor-ger nos fils, nos com-pa-gnes Aux
 ar-mes ci-toy-ens! For-mez vos ba-tail-lons! Mar-chez, marchons!
 Qu'un sanc-ém-pur A-breuve nos si-lons! Aux lons!

EL CANTO DE LA MARSELLAISE



LA MARSELLAISE HERIDA

(QUINTA EXPERIENCIA)

El cielo más azul,
 —como si fuera dado al cielo
 hacerse niño—;
 los árboles más verdes
 —como si fuera dado al árbol
 repartirnos con luz su soledad intacta—
 y el aire —su castidad de barco—
 sobre tierras de Francia.

Es la noticia escueta:
 ¡han entrado los bárbaros!
 —Los bárbaros, oh ¡cara Lutecia!—
 Sus manchas grises, pardas, en la sombra
 donde el cielo de Francia detiene su estatura.
 Mal herida está el alba
 y sangra Marsellesas sobre el alma.

II

Esta, que ves llegar, lágrima breve,
 con el afán de darse al barro entera,
 de conjugar en sueño
 su barro de más tierna geometría;
 esta es Francia eterna,
 madre de libertades, novia de rebeldías,
 la eterna desposada de los anhelos libres.
 Aquí está con su lágrima que no alcanza a llorarse
 por no perder su forma cristalina
 ni el pudor de su triángulo perfecto,
 su apasionada disciplina de ángulos
 antes de dispararse contenidos.
 Esta que ves llegar, lágrima ardiendo
 con llama clara de pudor y filo,
 amasa con dolor sus cantos íntimos
 —la Marsellesa herida que es el alba—
 aquí está su bandera
 de apretadas auroras tremolando,
 izada sobre el mástil del corazón del mundo:
 un poquito de cielo, su silencio más blanco
 y luego, su migaja de sangre más austera.

Esta que ves aquí, lágrima aguda,
 suspendida en el aire como espada
 de cólera serena,
 no se pierde en el barro, abre mapas
 y hace del polvo triste su áurea estrella.
 Corren en esta lágrima las ansias más remotas
 y los cielos sin ancla,
 sin muros que detengan su soledad andante.
 Francia está en todas partes,
 en el cielo, en la tierra,
 y en el lugar exacto donde los hombres cantan.
 Todo ésto que se dice sin gritos ni sollozos,
 es el paso marcial del agua con clarines
 que en plena soledad se mira y se recrea.

III

Francia: herida está tu espalda,
 que sólo así los dardos te alcanzarn;
 mas los oídos del mundo están oyéndote
 cómo crece tu sangre más alta que las torres;
 mas los ojos del mundo están mirándote:
 tu sangre se levanta, forma tus batallones.
 Tu sangre ciudadana ha detenido al tiempo prisionero.
 Qué pequeño es el tiempo y el mundo qué pequeño,
 como barco de niño naufragado
 en medio de tu sangre.

IV

Qué haremos con el polvo
 de entristecida fruta,
 si es en tus manos, Francia,
 donde toma su forma, su musical sabor
 y su infinito;
 qué haremos con el lodo
 de entristecida fruta,
 si es en tus manos, Francia,
 que se vuelve paloma y viento pajarero;
 qué haremos con el viento,
 con el agua, las ramas y las nubes
 que sin mirarte están ya detenidas
 en su oración de danza?
 Porque tu sangre, Francia,
 les detiene en el sueño más puro de tu vuelo.
 Porque tu carne, Francia, es danza acribillada.
 Qué haremos con tu carne de danza sin danzar,
 de danza ya danzada y en mitad de la danza?
 Nos haremos puñales con su muerte encendida
 para herirnos el alma,
 que el alma no nos sirve si contigo no baila!

V

Corriendo hacia tu encuentro
 viene el cielo más niño.
 —¡Uníos, cielos de todo el mundo, uníos!—
 Los cielos de otras partes, los míos y los tuyos,
 que hablan en español, francés, inglés o chino.
 Que los cielos se vistan con sus albas más limpias.
 Traigan blancas las manos y limpias las rodillas.
 Corriendo hacia tu encuentro, ¡oh Marsellesa herida!
 vienen también los árboles, los que se hicieron hombres
 saltando sobre el fuego la noche que los bárbaros
 intentaron podar la luna de París
 con sus manchones pardos.
 Vienen árboles fríos,
 quieren llevarte en vilo, con la gracia ligera
 con que se lleva en alto una danza de espumas.
 Cuando el alba, mujer; ya no es adolescente
 y ve crecer sus manos, con sus manos los sueños
 y es pasión pudorosa el sueño que le corta y le recrea
 la libertad del hombre.